

# Tensiones y conflictos en los orígenes del comunismo latinoamericano: las secciones de la Liga Antiimperialista de las Américas

DANIEL KERSFFELD

*Universidad Nacional Autónoma de México*

La creación de la Liga Antiimperialista de Américas (LADLA) en la ciudad de México, entre fines de 1924 y principios de 1925, expresó uno de los intentos más ambiciosos del comunismo internacional por impulsar la revolución hacia el Nuevo Continente, una vez que sus efectos se vieron agotados en Europa y que China, máxima expresión del Oriente, bullía con un renovado fervor nacionalista y anticolonial. En efecto, y salvo algunas experiencias efímeras y frustradas como el Buró Latinoamericano y su sucesor, el Buró Panamericano, o iniciativas más duraderas aunque de menor impacto regional, como el Buró Sudamericano de Propaganda Comunista, nunca hasta ese momento la Comintern había podido dar vida a una entidad de neto alcance continental como efectivamente lo fue la LADLA, que llegó a tener una existencia real y simultánea en una quincena de países americanos, incluyendo, claro está, a los Estados Unidos.<sup>1</sup> Por otra parte, las repercusiones internacionales y los efectos todavía muy presentes de amplios procesos sociales como la Revolución Mexicana y la Reforma Universitaria, a los que luego se agregarían las luchas de liberación nacional y contra varios gobiernos dictatoriales en varios países caribeños y centroamericanos, ofrecían un marco sugerente para un movimiento comunista que, sobre todo orientado por la coyuntura política, comenzaba a expandirse por todo el globo. Aún teniendo en cuenta el desconocimiento y hasta el desinterés que todavía prevalecía sobre la región entre los máximos dirigentes bolcheviques, resultaba claro que estas condiciones sociales y políticas podían resultar propicias para un proyecto de esta naturaleza, planeado de acuerdo a los imperativos frentistas

---

danielkers@gmail.com

de la Comintern, la que por aquel entonces atribuía una particular capacidad de lucha a las clases medias nacionalistas siempre que éstas plegaran sus reclamos a los de los obreros y campesinos (Kersffeld, 2007).

La Liga Antiimperialista tuvo su origen, entonces, bajo un esquema político ciertamente renovador, de implantación del comunismo en suelo latinoamericano aunque, como se podrá ver a lo largo de este ensayo, no fue fácil conjugar las expresiones más radicales y comunistas de obreros y campesinos, con aquellas reivindicaciones antiimperialistas propias de los sectores burgueses y liberales, así como tampoco resultó sencillo fijar una ciudad latinoamericana como centro de las luchas antiimperialistas, más allá de la capacidad económica demostrada y utilizada como elemento de presión por parte de los camaradas estadounidenses. No resulta extraño entonces que, en medio de un juego de tensiones crecientes, la Liga atravesara toda suerte de conflictos, sobre todo, durante su etapa de construcción para finalmente poder establecerse como una auténtica organización política. Nos interesa, por ello, analizar con particular énfasis los casos de las secciones de México, Cuba y Argentina porque consideramos que las distintas problemáticas atravesadas por la Liga Antiimperialista en su período constitutivo en dichos países representan, con alta elocuencia, las diferentes dificultades que en su momento existieron para la creación de frentes de lucha y, en definitiva, para la original estructuración del movimiento comunista de la región.

En línea general, y a lo largo de sus campañas, de su trabajo de agitación y de propaganda, la LADLA encontró algunos problemas internos que llegaron seriamente a dificultar sus labores. Sin pretender acusar a alguna sección en particular, se aceptó por lo común que estas fallas eran de “responsabilidad colectiva” (aunque es sabido que la persistencia y hasta la profundización de estos problemas en el tiempo exigieron encontrar a uno o a varios responsables directos de las mismas). Más allá de la “falta técnica” generada por la falta de recursos monetarios por parte de la Tercera Internacional, un gran problema que surcó a la LADLA durante su existencia fue el “color demasiado comunista” que casi siempre se le otorgó a la organización por parte de sus propios dirigentes y activistas, contradiciendo así los mandatos emanados del V Congreso de la Internacional Comunista y generando el alejamiento y el fin de la colaboración con aquellos sectores de la sociedad y de la cultura que se reconocían como antiimperialistas pero que al mismo tiempo eran reacios a mantener un contacto más firme con los defensores de la Unión Soviética.<sup>2</sup> Se vulneraba de ese modo el intento por construir frentes que, por fuera de los partidos comunistas, pudieran agrupar a sectores del campesinado, de la pequeña burguesía e, incluso, de la burguesía nacionalista y liberal.

Unido a este problema, se presentaba otro de proporciones todavía más importantes: el de la relación que debía establecerse entre la Liga y los partidos

comunistas de los países en donde ésta existía. En un sentido muy amplio, poco se hizo por asegurarle a la Liga un desarrollo autónomo e independiente de los partidos, y cuando ella intervenía en aquellos lugares donde estos llevaban a cabo una cierta actividad, por lo general, la relación era tensa. Mientras que la LADLA pretendía desenvolverse de manera independiente, respondiendo sólo a las directivas de la Internacional Comunista, los partidos, centrados en la tarea de mantener su poder o de acrecentarlo, y en pleno período de bolchevización, intentaron por lo general imponer su propia voluntad a fin de controlar cualquier movimiento que trascendiera sus propios marcos institucionales.<sup>3</sup>

Otra dificultad era a la vez de carácter político y organizativo, y guardaba relación con la disputa interna en torno a la sección nacional que finalmente debía ejercer la dirección dentro de la estructura de la Liga Antiimperialista de las Américas. Si bien desde el punto de vista político México era considerado como el centro de la lucha contra Wall Street, el poco crecimiento y la falta de una clara direccionalidad por parte de su partido comunista justificó el virtual reemplazo de la dirección de la Liga por el que podía imprimirle el estadounidense *Workers (Communist) Party (WP)*. Este último no sólo se presentaba como el tributario final de casi tres décadas de combate contra el imperialismo en su propio país sino que también, al ser el representante de la nación más industrializada del continente, era visto por la lectura ciertamente evolucionista de la Tercera Internacional como el encargado natural de conducir al comunismo latinoamericano por la senda de la revolución y del socialismo (Caballero, 1988: 169).<sup>4</sup> Sin embargo, el hecho de que la mayor parte de las iniciativas proviniera de los Estados Unidos no dejó de dar lugar a los malos entendidos y de generar una evidente contradicción con los lineamientos emanados de la Comintern, ya que para varios de los líderes latinoamericanos de la LADLA un movimiento antiimperialista cuyo centro estuviera en ese país de por sí resultaría “sospechoso” para todos aquellos que estuvieran interesados en colaborar con la organización.<sup>5</sup>

Finalmente, y junto con estos problemas de índole general, algunas secciones de la Liga también sufrieron distintos inconvenientes, de tipo particular, que impidieron su normal desenvolvimiento. Además del mencionado caso de México y de su conflicto con el Workers Party, con respecto a Cuba, la huelga de hambre resuelta de manera inconsulta por el principal dirigente bolchevique y antiimperialista de la época, Julio Antonio Mella, cuando éste estaba en prisión, sirvió como detonante de una crisis interna dentro de su flamante Partido Comunista que tuvo como consecuencia directa un duro enfrentamiento entre el partido y la sección cubana de la Liga. Pero de todos, quizás el conflicto interno más grave fue el que se dio en el Partido Comunista de Argentina cuando la filial de la LADLA quedó en manos de la oposición “chispista”, sector expulsado del

partido por su tendencia ultraizquierdista: la necesidad del PCA por contar con su propio frente llevó entonces a la existencia de dos secciones de la Liga en un mismo país, en franca rivalidad por el reconocimiento tanto por parte de la central en México como por Moscú. A continuación, se explorarán en detalle los distintos avatares sufridos por la Liga Antiimperialista en cada uno de los países señalados.

### **México frente a la presión estadounidense**

La situación de la filial mexicana de la Liga Antiimperialista se diferencia notablemente de lo ocurrido en otras secciones como la argentina y la cubana. Estrechamente vinculada a la estructura del Partido y sin los roces, rivalidades y enemistades surgidos entre militantes provenientes del mundo de la cultura y de las vanguardias artísticas con aquellos otros vinculados férreamente con la organización política de los comunistas, la Liga mexicana sufrió en cambio la proximidad geográfica, la influencia política y la presión económica ejercida por la sección estadounidense la que, pese a los constantes intentos de mediación, en ningún momento dejó de disputarle su primacía como centro de la red antiimperialista continental.

No resulta desconocida la influencia norteamericana en la creación en 1919 del Partido Comunista Mexicano (PCM), la que se nuevamente se pondrá en práctica cinco años más tarde al momento de fundar la respectiva sección de la Liga Antiimperialista. Desde 1917, año de la entrada de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, un variado conjunto de militantes de izquierda cruzó al sur la frontera del Río Bravo escapando a un seguro enrolamiento en el ejército. Activistas como Linn Gale, Carleton Beals y, sobre todo, Charles Phillips (luego mayormente conocido bajo su seudónimo de “Manuel Gómez”) no tardaron en integrarse a las filas del flamante movimiento comunista mexicano, cuyo nacimiento se daba, precisamente, en medio de un contexto de alta inestabilidad política (Spencer, 1998).<sup>6</sup> Al mismo tiempo, la importancia de México en toda la región, su vecindad con los Estados Unidos y, principalmente, el clima revolucionario fueron elementos tenidos en cuenta por Moscú, y que pesaron a la hora de fundar, en 1919, un primer ensayo de nucleamiento regional, el Buró Latinoamericano, que sería reemplazado, al siguiente año, por el también efímero Buró Panamericano, ahora con sede tanto en México como en Nueva York (Martínez Verdugo, 1985).

Gracias al influjo de la Comintern, y a la par que daban sus pasos los partidos comunistas mexicano y estadounidense, surgían también las primeras entidades ocupadas de brindar un marco de cohesión política y de difusión ideológica a

las fuerzas de izquierda y progresistas de todo el continente, creándose así las bases para la puesta en marcha de la Liga Antiimperialista entre fines de 1924 y principios de 1925. En este sentido, la rápida estructuración de la Confederación Obrera Panamericana (COPA), y la celebración de un congreso continental en México en diciembre de 1924 se convirtió en el aliciente necesario para el armado de un frente capaz de luchar contra el sindicalismo amarillo y progubernamental de esta organización. Con la finalidad de comenzar a armar lo que en un principio se conoció como Liga Antiimperialista Panamericana,<sup>7</sup> y por expreso pedido de la Comintern, que recomendó al Partido Comunista estadounidense, el Workers Party, la dirección del movimiento revolucionario continental y, por ende, la ayuda en la construcción de las organizaciones comunistas latinoamericanas, se hicieron presentes en México tres delegados, Jay Lovestone, Jack Johnstone y Manuel Gómez, cada uno de ellos pertenecientes a las tres facciones que por entonces se disputaban el liderazgo del PC norteamericano.<sup>8</sup> La presencia de estos dirigentes revelaba la importancia que México y en general, América Latina, comenzaba a asumir en prédica del WP, así como también en las cada vez más graves disputas fraccionales que nutrían a su política interna. Finalmente, el conocimiento del idioma y una importante experiencia en territorio mexicano y cubano otorgarían una clara ventaja a Gómez por sobre sus contendientes al punto que su nombramiento en 1925 como Secretario de la Sección Estadounidense de la Liga Antiimperialista, con sede en Chicago, fue visto como algo completamente natural.<sup>9</sup>

Una vez creada la Liga mexicana, pronto se destacaron como sus principales dirigentes Francisco Carrillo, además, secretario general del PCM, y Bertram Wolfe, emigrado norteamericano miembro del grupo neoyorquino del Workers Party.<sup>10</sup> Asimismo, y como director de *El Libertador*, órgano continental de la LADLA, también cumplía un rol de suma responsabilidad el dirigente Úrsulo Galván, representante de las ligas campesinas y particularmente, de la de Veracruz, la más importante de todas y, por ello mismo, principal base territorial de los comunistas mexicanos (Carr, 1996). Por último, y durante el período organizativo también resultó de suma utilidad el apoyo brindado por Edgar Woog, cuadro cominternista de origen suizo también conocido por su seudónimo “Alfred Stirner”, quien vivía en México desde 1919 y que además era conocido como hombre de confianza de varios dirigentes cominternistas como Willi Münzenberg, impulsor de la Liga antiimperialista a nivel mundial. En abril de 1925, en ocasión del III Congreso del PCM, Manuel Gómez fue invitado a participar como observador por parte del Workers Party; pronto comenzó a percibirse la creciente gravitación de los estadounidenses en la estructura de la todavía naciente Liga mexicana, con inocultables repercusiones sobre las restantes secciones latinoamericanas. El compromiso del WP de financiar en parte el funcionamiento de

la filial mexicana, en definitiva resultó útil para que Gómez comenzara a insistir en la necesidad de mudar la secretaría continental a Chicago, destacando la experiencia militante de los comunistas estadounidenses por sobre las carencias organizativas y presupuestarias evidenciadas por sus pares mexicanos, algo que en definitiva, también era aceptado por éstos últimos.<sup>11</sup> Comenzaba a manifestarse así un conflicto de intereses que se agravaría con los años y que, si bien nunca llegó a provocar la ruptura entre los comunistas mexicanos y estadounidenses, en cambio sí tendió a agravar sobremanera sus relaciones.

La creciente tensión entre unos y otros derivó en la intervención directa de la Comintern, este vez, representada en la figura de Stirner. La virtual alianza producida hacia mayo de 1926 entre el comunismo internacional y los mexicanos del PCM frente a sus rivales del WP derivaría finalmente en la reafirmación política de la locación de la central antiimperialista en el Distrito Federal. Esto era un golpe para las intenciones manifestadas reiteradamente por Manuel Gómez, quien aún podía aceptar la radicación de la dirección de la Liga en suelo mexicano, siempre y cuando varios de sus más experimentados camaradas estadounidenses tomaran la dirección de ella, o bien se constituyese un centro de poder real en Chicago, manteniendo a la sección de México como una fachada destinada únicamente a sumar voluntades por parte de otras filiales latinoamericanas.<sup>12</sup> Sin embargo, y con la intención de poner fin a un conflicto que amenazaba profundizarse con el tiempo, a mediados de 1926 fue creado el Comité Continental de Organización (CCO), con sede en el Distrito Federal y que, originalmente, contó con la participación de representantes de México y Estados Unidos, junto con otros provenientes de la Internacional Comunista y de Cuba, como fue el caso de Julio A. Mella, convertido en su Secretario General una vez que hubo llegado a México y fue incorporado a las filas del PCM.<sup>13</sup>

Sin embargo, pronto se descubrió que, en realidad, tampoco el CCO podía evitar los roces entre los comunistas de América del Norte: por ejemplo, y pese a todas sus quejas, los camaradas mexicanos debieron tolerar que Gómez enviara constantemente instrucciones en inglés a las secciones de la Liga y a otras organizaciones en cartas cuyo encabezado era el mismo que el utilizado por el Workers Party, identificando así a una organización con la otra, con lo que se contravenía el espíritu de los frentes impulsados sobre todo, a partir del V Congreso de la Comintern. Asimismo, y siempre según declaraciones efectuadas por Mella, Gómez llegó incluso a modificar por su cuenta el programa de la Liga y lo mandó en inglés a todas las secciones y a varias organizaciones revolucionarias, provocando con ello serias críticas hacia el interior del Comité Continental de Organización.<sup>14</sup> Y todo esto sin mencionar los contratiempos ocurridos durante la primera (y probablemente única) campaña emprendida y coordinada por la LADLA en un nivel verdaderamente internacional: el apoyo al Gral. Sandino

y a su lucha en contra de la invasión estadounidense a Nicaragua mediante la creación de un frente de organizaciones, el Comité Manos Fuera de Nicaragua (MAFUENIC), en febrero de 1928. Si bien la activa participación de las secciones mexicana y estadounidense de la Liga se convirtió en un hecho auspicioso, tampoco en este caso dejaron de aparecer nuevas fricciones, principalmente, en torno al envío al Distrito Federal del dinero recaudado en Nueva York y Chicago, cuestión que motivó el pedido público del alejamiento de Gómez como secretario de la Liga norteamericana por parte de la dirección del PCM.<sup>15</sup>

El permanente conflicto con la sección estadounidense y particularmente, con su dirección, fue un elemento con el que la Liga de México debió lidiar durante casi toda la existencia de su primera etapa de vida, por lo menos, hasta que hacia mediados de 1929 fue proscrita, junto con todo el resto del movimiento comunista de ese país. También en dicho año se produjo la salida de Gómez de su cargo de Secretario de la Liga Estadounidense, acusado por su vieja filiación con el ahora trotskista James Cannon y por su más reciente vinculación con las filas del bujarinismo. La pérdida de influencia de la Liga estadounidense durante la primera mitad de los treinta le dio un poco más de aire a la filial mexicana, si bien ésta debió ahora iniciar un período de recomposición ideológica y organizativa en función de la estrategia obrerista y luego también antifascista impuesta dentro del PCM.

### **El conflicto cubano en torno al “caso Mella”**

De todas las filiales latinoamericanas de la Liga Antiimperialista, “fue la cubana una de las más activas, no obstante haber tenido que desarrollar sus labores bajo el clima de terror impuesto por la dictadura de Gerardo Machado y, más tarde, por la de Fulgencio Batista” (Dumpierre, s/a: 7). Aunque más tarde se convertiría en una organización colateral del Partido Comunista, la Liga mantuvo, a partir de su fundación a fines de junio de 1925, una línea flexible concordante con su función catalizadora y su heterogénea composición social. De acuerdo a la lógica de frente único bajo la que se había gestado, no sólo obreros y campesinos podían suscribir sus postulados y fines: también los intelectuales, los estudiantes, las capas nacionalistas, democráticas, progresistas y radicales de la pequeña burguesía y de los sectores no proletarios oprimidos y expoliados por el sistema. Aunque en los hechos claramente distó de convertirse en una organización de masas que fungiera a la par como “trinchera, polea y cantera” para el robustecimiento continuo y la expansión irrefrenable que debía tener el Partido, tal como había sido la ilusión de Julio A. Mella al fundarla y liderarla

durante sus primeros meses de vida, la Liga logró sin embargo un nivel apreciable en cuanto a predicamento político, acción combativa y formación de cuadros.

Uno de los elementos que contribuyó para lograr la exitosa conformación de la sección cubana de la Liga Antiimperialista fue, sin lugar a dudas, su heterogénea composición social. En este sentido, algunos de los principales actores en destacarse fueron los estudiantes universitarios y, en menor medida, también los de colegios secundarios; todos ellos, acaudillados por Julio Antonio Mella, habían dado prueba, a través de distintas iniciativas y de la fundación de la Universidad Popular José Martí, de un firme compromiso con la causa antiimperialista que resultaría fundamental para imprimirle dinamismo a la Liga en sus primeros tiempos de vida. En segundo lugar también cabe resaltar la labor política e ideológica encausada por la vanguardia intelectual de la época conocida como “Movimiento Minorista”: su principal referente, Rubén Martínez Villena no sólo se destacaría por sus condiciones literarias sino también por una actuación política cada vez más radicalizada, que lo haría confluir con las filas comunistas en la segunda mitad de los años veinte. En tercer lugar, fueron los núcleos militantes de la clase obrera los que se ocuparían de fungir como enlaces con las masas, cumpliendo un rol de suma importancia en este escenario el dirigente Carlos Baliño, quien al haber combatido con Martí en las guerras de independencia cubanas de fines del siglo XIX y al prestar su colaboración en la fundación del Partido Comunista, en agosto de 1925 operó conscientemente como un necesario puente ideológico entre dos épocas. Por último, la presencia activa de un amplio conjunto de exiliados se ocupó de brindarle a la organización antiimperialista un vistoso colorido latinoamericanista que contribuyó a darle efectividad a sus acciones, incluso cuando la Liga fue proscripta algunos meses después de su creación: venezolanos como los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, Salvador de la Plaza y Carlos Aponte y peruanos, como Esteban Pavletich, Luis F. Bustamante y Jacobo Hurwitz aportaron experiencia y, sobre todo, un alto contenido militante, si bien las diferencias cada vez más profundas con aquellos que se reivindicaban apristas no tardarían en impactar dentro del funcionamiento interno de una organización comunista como la sección cubana de la Liga.

Sin embargo, y pese a su auspicioso inicio, pronto quedaría en evidencia que en situaciones extremas como la que a pocos meses de su fundación le tocaría en suerte vivir, la composición heterogénea de la Liga, además de constituir una fortaleza en sí misma, podía también significar una clara limitación para su propio desenvolvimiento y expansión. En efecto, la huelga de hambre sostenida por Julio A. Mella durante su detención policial a fines de 1925 se convertiría ciertamente en un desafío para la operatividad que esta organización se había dado desde su nacimiento como un frente periférico del Partido Comunista. Esta situación tuvo lugar cuando el presidente de Cuba, Gerardo Machado y



Morales, decidió el encarcelamiento de un conjunto de dirigentes obreros, en un clima de creciente protesta social y por lo mismo, cada vez más represivo (Tabares del Real, 1998). En este sentido, y luego de liderar una movilización estudiantil, Julio Mella fue arrestado por la policía junto con otros líderes comunistas y antiimperialistas. La Liga cubana no tardó en responder el golpe y el 2 de diciembre dio a conocer un manifiesto con un fuerte tono antimachadista.<sup>16</sup> Ante la negativa del gobierno a querer fijar una fianza para su liberación y la de sus compañeros, el 5 de diciembre Mella decidió dar inicio a una huelga de hambre que tendría hondas repercusiones no tan sólo para el movimiento obrero cubano, sino también para el de toda América y buena parte del de Europa. Con el Partido Comunista sumido en la ilegalidad y desde un principio opuesto a la huelga de hambre, el líder estudiantil y sus compañeros apelaron a la estructura de la Liga y de la Universidad Popular para dar lugar a su reclamo y para difundir su protesta más allá de los límites de Cuba.

El “Comité Pro Libertad de Mella” se convirtió así en el vocero oficial del dirigente encarcelado: sus principales representantes fueron el dirigente de los estudiantes de colegios secundarios Leonardo Fernández Sánchez, el escritor Rubén Martínez Villena y el médico personal de Mella, Gustavo Aldereguía, mientras que también cumplieron un importante papel Aureliano Sánchez Arango, Orosmán Viamontes (abogado de Mella, con quien también colaboraría Martínez Villena), varios dirigentes obreros cubanos y otros provenientes de otros países de la región, como Salvador de la Plaza, Jacobo Hurwitz, etc. (Cairo, 2003). Gracias a las redes existentes entre intelectuales y militantes, pronto el “caso Mella” comenzó a cobrar un verdadero despliegue internacional, con movilizaciones estudiantiles de apoyo, la publicación de solicitadas, la realización de actos y mítines y la firma de adhesiones por parte de políticos no comunistas enviadas como telegramas al gobierno de Machado.<sup>17</sup> Al cabo de unas semanas, la fuerte presión internacional, sumada a una amenaza de huelga general en la isla posibilitaron el ablandamiento del régimen y la liberación de Mella el 23 de diciembre: 18 días habían pasado desde que el fundador de la Liga cubana había dejado de ingerir alimentos como forma de protesta, lapso en el cual había sufrido una pérdida de 35 libras de peso (Roa, 1982: 156-9).

Durante el transcurso de la huelga de hambre de Mella, las diferencias entre el Partido y la Liga dieron lugar a una fuerte rivalidad y a una relación cada vez más conflictiva entre ambas organizaciones. En este sentido, y ante la falta de acción del Partido, que de todos modos se hallaba proscripto, la Liga lo acusó de desinterés por la suerte de Mella y amenazó con dar a conocer una denuncia pública a la Comintern bajo “delito de pasividad”.<sup>18</sup> El 13 de diciembre, mismo día en que el PCC finalmente daba a conocer su declaración, la LAI cubana publicó una *Carta abierta al Sr. Presidente de la República*, escrita por Martínez

Villena, en la que, con la firma de unos cincuenta intelectuales, se reclamaba por la libertad de Mella quien, en una velada crítica hacia sus compañeros del Partido, “había sido abandonado por mezquinos motivos, de todos aquellos a los cuales ha dedicado sus esfuerzos”. Cinco días más tarde, la relación entre ambas entidades se complicaba aún más cuando el recientemente nombrado abogado defensor de Mella, Orosmán Viamontes, en escrito oficial dirigido al juzgado, decía que él estimaba la decisión del joven dirigente, “inspirada por sus ideales político-sociológicos, y para protestar del silencio en que permanecieron sus compañeros ante un encarcelamiento que considera injusto” (Rojas Blaquier, 2005: 54). Para entonces, las miradas discrepantes en torno al “caso Mella” tornaron inevitable la ruptura entre la LAI y el Partido.

Por otro lado, tampoco podemos afirmar que la excarcelación de Julio A. Mella significó el fin de los problemas del líder comunista, convertido luego de las campañas por su liberación en una figura de amplio reconocimiento internacional. Un juicio partidario, desarrollado entre el 10 y 13 de enero de 1926 se ocupó de juzgar su actitud, asumida como rebelde e individualista, en el momento de decidir acometer su protesta por medio de una huelga de hambre.<sup>19</sup> La dura sanción impuesta, a lo que se sumaría su partida definitiva de Cuba el 18 de enero de 1926, no dejaría de impactar gravemente en la organización de la LAI, en grave discordia con el Partido y, también desde ese momento, sin la presencia física de su fundador y más importante dirigente. Para empeorar las cosas, y sabiendo que después de lo ocurrido con Mella sus horas en Cuba también estaban contadas, una gran parte de los extranjeros militantes de la Liga decidieron apresurar su escape también con rumbo final hacia México, como fueron los casos de Salvador de la Plaza, Eduardo Machado y Jacobo Hurwitz. La resistencia de algunos representantes de la Liga como Viamontes y Martínez Villena a querer vincularse nuevamente con el Partido frustró una nueva iniciativa por parte de éste último destinada a lograr una dirección coordinada entre ambas organizaciones. Tiempo después, la publicación de un manifiesto de fuerte contenido antimachadista por parte de la LAI cubana el 17 de abril de 1926 finalmente generó su proscripción y la persecución de sus principales activistas. Nunca como hasta ese momento la supervivencia de la Liga cubana había estado tan en riesgo. Sin embargo, las circunstancias cada vez más difíciles por las que atravesaba Cuba bajo la dictadura de Machado, sumado al restablecimiento de todos los derechos de Mella como afiliado al PCC en los últimos días de mayo de 1927.<sup>20</sup> posibilitaron un nuevo encuentro entre las organizaciones comunistas de la isla y, particularmente, un renacimiento de la Liga (Kersffeld, 2005/6: 54).

## **La particularidad argentina: comunistas y antiimperialistas**

Si por algo se caracterizó el movimiento antiimperialista en Argentina durante los años veinte fue por la gran variedad de organizaciones que respondían a dicha causa. Comunistas, socialistas, nacionalistas y, en algunos casos, incluso la colaboración de la célula aprista, conformaron un universo antiimperialista de bordes sinuosos y de fuertes rivalidades, que más que reforzar la lucha contra un enemigo en común (primero Inglaterra y luego los Estados Unidos), no hicieron más que contribuir a la disgregación ideológica y política del movimiento, provocando de ese modo un importante debilitamiento. Así, a la presencia de las dos Ligas Antiimperialistas, la comunista y la “chispista”, se le sumaron la Unión Latinoamericana, asociación de intelectuales fundada y presidida por José Ingenieros; la Alianza Continental, creada como sucesora de la anterior una vez que ésta comenzó a disgregarse tras la muerte de Ingenieros; la Asociación Amigos de Rusia, entidad filocomunista que sin poseer un espíritu latinoamericanista, ofreció un primer basamento antiimperialista a los vanguardias artísticas y literarias, etc. (Pita González, 2004). En este sentido, y a diferencia de los casos de México y de Cuba, el antiimperialismo, presente en la izquierda y en el progresismo argentino de la época, nunca pudo terminar de cuajar en una única organización capaz de aglutinar sus diversas y, por momentos, contrapuestas vertientes. Como en toda América Latina, también aquí los comunistas cumplieron un importante papel, aunque sus fuertes pugnas internas finalmente dieron lugar a la conformación de una organización antiimperialista rival al PCA cuya identidad, también leninista, no tardó en diferenciarse de aquella otra sustentada por el Partido oficial.

Vinculada a la fuerte lucha de tendencias que surcó la vida del PCA prácticamente desde sus orígenes en 1918, cuando todavía se llamaba “Partido Socialista Internacional”, tuvo lugar una disputa hacia el interior de la organización en la que la cuestión del imperialismo y de las distintas estrategias para hacerle frente fue alcanzando un papel de cada vez mayor importancia. Las distintas corrientes internas que habían tenido sus orígenes en el anarquismo y en el sindicalismo revolucionario, sumado a no pocos intelectuales que habían saludado con gran satisfacción la organización de una fuerza comunista en Argentina, fueron confluyendo en una tendencia “izquierdista” que pasaría a tener una presencia más amplia a medida que se verificara el cierre del ciclo revolucionario europeo abierto en 1917 (Corbiere, 1984).

Ante la creciente moderación en la que iba incurriendo el Partido, acompañando el reflujo de las luchas revolucionarias entre 1921 y 1922, este sector, conocido primero como “verbalista”<sup>21</sup> y más tarde como “chispista”,<sup>22</sup> comenzó a exigir la eliminación en el programa partidario de las llamadas “reivindica-

ciones inmediatas”, es decir, de la priorización de las reformas parlamentarias y de la política municipalista planteada por el concejal José Fernando Penelón, sindicalista gráfico y principal dirigente durante los primeros años de vida del comunismo argentino, junto con dos de sus compañeros, Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, figuras políticas en claro ascenso con quienes conformaría el polo interno autodenominado “marxista-revolucionario” (*Esbozo*, 1947). Del grupo chispista pronto se destacarían dos figuras; ambos, jóvenes intelectuales con una importante participación gremial: la maestra Angélica Mendoza y el dirigente de la agrupación universitaria “Insurrexit”, Héctor Raurich.<sup>23</sup> El control partidario ejercido por los chispistas entre 1923 y 1925 y la imposibilidad de torcer esta realidad desde el marco interno del Partido motivó al mencionado trío “marxista-revolucionario” la búsqueda de respaldo en Moscú y en la Comintern: la publicación de una “Carta Abierta” que llevaba la firma del Secretario del Buró Latinoamericano, Jules Humbert Droz, en la que se recomendaba la “homogeneización ideológica de los comunistas” posibilitó que finalmente Penelón, Ghioldi y Codovilla se hicieran con la conducción partidaria, dando inicio a toda una serie de expulsiones de quienes hasta ese entonces habían sido sus principales rivales.<sup>24</sup>

Una vez fuera del PCA y con la colaboración de otros cuadros anteriormente expulsados (como varios de los “frentistas” de 1922), los militantes y dirigentes “chispistas” dieron vida a fines de 1925 al Partido Comunista Obrero (PCO), instrumento a través del cual intentaron disputar con los comunistas “oficiales” (a quienes ellos denominaban “comitivistas”) la representación de la Comintern en Argentina, aunque sin ninguna suerte en dicha empresa.<sup>25</sup> Con apenas un centenar de miembros, su órgano de prensa fue *La Chispa*,<sup>26</sup> que comenzó a editarse a principios de febrero de 1926 y que pronto se caracterizó por situar sus análisis políticos dentro del contexto de las luchas contra el imperialismo que se venían desarrollando en los distintos países latinoamericanos, elemento por demás ausente en el medio comunista *La Internacional*, más interesado en el seguimiento de los acontecimientos europeos que en el propio desarrollo de la lucha de clases local y regional.<sup>27</sup>

Pero la acción de los “marxistas-revolucionarios” no sólo tendió a aislar a los “chispistas” del Partido, sino también a aquellas agrupaciones en las que comenzaban a tener una presencia cada vez más importante, tal como era el caso de la Unión Latinoamericana, en la orfandad desde la muerte de José Ingenieros y dividida en fuertes luchas fraccionales entre sus principales sucesores, Alfredo Palacios y Arturo Orzábal Quintana, éste último secretario de la organización y hombre cercano al Partido Comunista. A la par que conformaban el Partido Comunista Obrero, el 13 de diciembre de 1925 los chispistas convertían al Centro Buenos Aires de la Unión Latinoamericana, filial de la que habían conseguido

apropiarse recientemente, en la sección local de la Liga Antiimperialista de las Américas, “cuya primera acción tendió a unificar el frente roto de los comitativistas” (*La Chispa*, 18/6/1927).<sup>28</sup>

La campaña internacional a favor de la liberación de los anarquistas Sacco y Vanzetti, injustamente condenados a muerte en los Estados Unidos y, más aún, la defensa de Nicaragua ante la invasión norteamericana fueron los dos grandes factores que incidieron para que la Liga “chispista” terminara de vincularse con la Liga Antiimperialista de las Américas, con sede central en México. Igualmente, su adhesión al Congreso antiimperialista de Bruselas celebrado en febrero de 1927, y el nombramiento de Eudocio Ravines como delegado para asistir a dicho encuentro, también constituyeron elementos de importancia para comprender el vuelo que esta organización estaba adquiriendo dentro de la Argentina, habiéndose convertido de hecho en la única entidad local referenciada en la LADLA que asistió a dicho encuentro.<sup>29</sup> Así, en el caso argentino se dio la paradójica situación de que fue un sector expulsado del Partido Comunista el que conformó la sección local de la Liga Antiimperialista, vinculada a la oficina central en México y también a la Liga internacional surgida del Congreso de Bruselas. Podemos notar que, de este modo, el mundo comunista de la época, y en particular el latinoamericano, distaba de ser un frente homogéneo y caracterizado por la unicidad de criterios.

Pero la vinculación directa de los “chispistas” con la LADLA de ninguna manera significó el abandono por parte del PCA de su labor dentro del campo antiimperialista. Si bien desde 1925 existió una Asociación de Amigos de Rusia que de alguna manera cumplió con este papel, el apoyo a la campaña de Sandino en Nicaragua y la formación de un Comité de Acción contra la Guerra, en 1927, fueron elementos que terminarían por definir hacia el interior del PCA un perfil anticolonial y regional que sus antagonistas “chispistas” habían sabido delinear desde un principio. En todo caso, fue el Congreso de Bruselas el que operaría como un preciso catalizador, posibilitando el surgimiento de otra Liga Antiimperialista, esta vez vinculada al PCA y autodefinida como “Grupo de Izquierda”. Como era de esperarse, y debido a las fuertes tensiones entre los dos partidos, el nacimiento de la nueva Liga no estuvo exento de hechos de violencia al querer los comunistas acaparar una asamblea convocada por sus rivales para el 16 de julio de 1927, lo que derivó en una intervención policial y en la detención de una importante cantidad de dirigentes de ambos agrupamientos.<sup>30</sup>

Con la clara intención de afirmar vínculos con la dirección continental de la LADLA en México y de expandir la organización hacia el interior del país, la sección argentina pronto contó como su cuadro más importante a Paulino González Alberdi, dirigente universitario formado en la Unión Latinoamericana, con cada vez mayor presencia dentro del movimiento comunista local.<sup>31</sup> Por

otra parte, la formación de un comité de apoyo a Sandino, la defensa de Sacco y Vanzetti ante su próximo ajusticiamiento y la campaña por la nacionalización del petróleo se convirtieron, de hecho, en las acciones más importantes de la Liga G. de I. en su intento, cada vez más explícito, por llevar a sus rivales “chispitas” a la disolución.

El giro operado por el comunismo internacional a partir de 1928, que impactó severamente sobre la estructura política de la Liga Antiimperialista, no dejaría de afectar también a las dos versiones argentinas. Así, si una comenzó a ser anatémica como “trotskista” simplemente por su oposición al Partido oficial, la otra, en cambio, resintió particularmente la expulsión de José Penelón, hasta entonces principal dirigente comunista cuya línea frentista garantizaba un marco de apertura y de diálogo con otros sectores de izquierda y progresistas. Un nuevo congreso internacional, esta vez celebrado en Frankfurt en julio de 1929, marcaría la influencia alcanzada por la Liga comunista al obtener el reconocimiento como única representante argentina oficial y al impedir, de hecho, la participación en él de su organización enemiga.<sup>32</sup> Finalmente, el tiro de gracia contra la ya diezmada Liga “chispista” fue el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, que arrasaría con las organizaciones obreras, principalmente de signo comunista y anarquista. La desaparición del PCO y de su Liga también fue acompañada por la entrada a la clandestinidad del PCA y de sus frentes auxiliares: su organización antiimperialista conseguiría resistir al embate autoritario del régimen uriburista, aunque su posterior recomposición estaría más identificada con la lucha contra el fascismo y la guerra que con su inicial combate al colonialismo.

## **Conclusiones generales**

Durante casi diez años, la Liga Antiimperialista de las Américas fue una organización comunista que, como muy pocas dentro de la región latinoamericana y desde una prédica mayormente reivindicativa, en ocasiones incluso revolucionaria, intentó conjuntar, aunque con suerte dispar, los intereses sociales de los obreros y campesinos con aquellas aspiraciones proteccionistas más bien ligadas con pretensiones de la burguesía nacionalista y de las clases medias en ascenso. Conformar una base social tan amplia y, por momentos tan disímil, dentro de sociedades caracterizadas por un cada vez más acentuado dinamismo económico, luego por una crisis sin precedentes en la historia del mundo capitalista y, finalmente, por un proceso de recomposición de fuerzas del bloque dominante en el poder, no podía resultar una tarea sencilla. En el medio, los sucesivos virajes en la estrategia internacional de los comunistas fueron factores que sin duda afectaron el crecimiento de la Liga Antiimperialista, que de frente único a mediados de los

veinte pasó a ser más que nada un apoyo de los sindicatos obreros y campesinos para renacer más tarde como un cuerpo entregado a la lucha contra el peligro de la guerra y del fascismo, fundiéndose promediando los años treinta en los nuevos frentes populares que comenzaban a surgir en la región.

Por otra parte, los conflictos que tuvieron lugar en las secciones de México, Cuba y Argentina, expresaron, de distinto modo, los difíciles problemas que atravesó el movimiento comunista para encontrar un definitivo arraigo en suelo latinoamericano, al menos en un principio, bajo una sugestiva impronta de amplitud y de cierta libertad de crítica y de disenso. En este sentido, el intento por hacer de la Liga Antiimperialista un elemento aglutinador de diferentes reivindicaciones sociales generadas a mediados de los años treinta puede ser leído como una respuesta necesaria ante el giro sectario ocurrido dentro del comunismo pocos años antes bajo la creencia de una inminente perspectiva revolucionaria pero, al mismo tiempo, frente a la aparición de gobiernos de signo dictatorial y autoritario.

De acuerdo con lo planteado hasta el momento, se puede establecer la conclusión general de que, como toda organización política, la Liga Antiimperialista de las Américas no estuvo exenta de luchas por el poder. Aunque estas tendieron a expresarse de distinto modo, fueron casi todas ellas coincidentes con la tensión suscitada entre esta organización y los partidos comunistas locales. De este modo, y ciñéndose siempre a las resoluciones del V Congreso de la Internacional Comunista, la Liga pretendió disfrutar de un espacio de autonomía de los partidos políticos que en la práctica se vio seriamente comprometido. El peligro real de que organizaciones de izquierda y frentistas como la LADLA pudieran convertirse a futuro en un poder paralelo dentro del campo comunista y, en menor medida, la ansiedad por engrosar su cantidad de militantes y su caudal electoral, generaron en los partidos el impulso constante por controlarlas o bien por neutralizar sus efectos, llegando en algunos casos, como en el cubano, a boicotear sus campañas.

La fuerte puja con los Estados Unidos por el liderazgo de las luchas antiimperialistas del continente, con el obvio desgaste que ello supuso para la filial de la Liga en México; la creciente rivalidad, pronto devenida en abierto conflicto, entre dos facciones comunistas en Argentina, cada una con su propia Liga Antiimperialista, en búsqueda del reconocimiento por parte de Moscú y de las estructuras cominternistas de poder; y las evidentes dificultades por terminar de estructurar un Partido Comunista en Cuba, capaz de aglutinar en una misma organización a los núcleos obreros y sindicales junto con la vanguardia artística y cultural de los años veinte, resguardada en entidades frentistas como la Liga, fueron todos ellos, problemas clave y urgentes a ser resueltos por la primera generación de dirigentes y teóricos marxistas. Sin embargo, no nos es posible

negar que, aun con evidentes excepciones, dicha primera camada se caracterizó, en líneas generales, por su falta de experiencia, su desconocimiento acerca de la teoría leninista, su excesivo interés en la construcción partidaria y, como correlato de esto último, su desidia o directamente su creciente recelo ante la formación de organizaciones auxiliares.

Por último, y en algunos casos llegando a ocupar un lugar ciertamente protagonista, las diferentes secciones de la LADLA expresaron, de distinto modo, las tensiones sociales por las que atravesó el movimiento comunista latinoamericano en sus orígenes, al buscar su propia institucionalización y, al mismo tiempo, pretender representar intereses sociales diversos y en algunos casos, hasta contradictorios, revelando incluso las dificultades políticas existentes para la coordinación entre distintos centros de poder sin querer reproducir, por ello, los consabidos mecanismos propios de la dominación imperialista. Gracias a su simple existencia, la Liga Antiimperialista de las Américas constituyó así un desafío de creciente importancia no tan sólo hacia los núcleos tradicionales del poder colonial, sino también (y en un sentido más profundo) hacia el propio movimiento comunista latinoamericano en una época en la que, todavía de un modo más intuitivo y experimental que puramente doctrinario, éste todavía se encontraba abierto, en plena construcción de su propia identidad y en la búsqueda de sus propias definiciones.

## Bibliografía

### Libros

- BARKAUSEN-CANALE, Christiane 1989 *Verdad y leyenda de Tina Modotti* (La Habana: Casa de las Américas).
- CABALLERO, Manuel 1988 *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad).
- CAIRO, Ana (comp.) 2003 *Mella. 100 Años* (La Habana, Santiago de Cuba: Editorial Oriente, Ediciones La Memoria).
- CARR, Barry 1996 *La izquierda mexicana a través del siglo XX* (México: Ediciones Era).
- CORBIÈRE, Emilio 1984 *Orígenes del comunismo argentino (el Partido Socialista Internacional)* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).
- CUPULL, Adys y Froilán González 2005 *Julio Antonio Mella y Tina Modotti contra el fascismo* (La Habana: Casa Editora Abril).
- DRAPER, Theodore 1986 *American Communism and Soviet Russia* (New York: Viking).
- DUMPIERRE, Erasmo s/a *La Liga Antiimperialista de Cuba y sus vínculos con el movimiento antiimperialista internacional* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, anexo al Comité Central del Partido Comunista Cubano).
- Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* 1947 (Buenos Aires: Editorial



- Anteo).
- JAIFETS, Lazar *et al.* 2004 *La Internacional Comunista y América Latina. Diccionario Biográfico* (Moscú/Ginebra: Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias/ Institut pour l'Histoire du Communisme).
- KERSFFELD, Daniel 2005/6 “Marxismo y latinoamericano en la Liga Antiimperialista de Cuba”, en *Revista Cubana de Ciencias Sociales* (La Habana: Instituto de Filosofía) N° 36/7.
- KERSFFELD, Daniel 2007 “La Liga Antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo”, en Crespo, Horacio *et al.* *El comunismo. Otras miradas desde América Latina* (México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM/Editorial Siglo Veintiuno).
- MARTÍNEZ VERDUGO, Arnoldo *et al.* 1985 *Historia del comunismo en México* (México: Grijalbo).
- MELLA, Julio A. (1925) 1978b “Hacia la Internacional Americana”, en *Escritos Revolucionarios* (México: SigloVeintiuno).
- PITA GONZÁLEZ, Alexandra 2004 *Intelectuales, integración e identidad regional. La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación, 1922-1930* (México: El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos) Inédito.
- ORIOLO, Jordán 1994 *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista (1918-1928)* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) 2 vols.
- ROA, Raúl 1982 *El fuego de la semilla en el surco* (La Habana: Editorial Letras Cubanas).
- ROJAS BLAQUIER, Angelina 2005 *El primer Partido Comunista de Cuba. Sus tácticas y estrategias. 1925-1935* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente).
- SPENCER, Daniela 1998 *El triángulo imposible. México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-CIESAS).
- TABARES DEL REAL, José A. 1998 “Proceso revolucionario: ascenso y reflujo (1930-1935)”, en *Historia de Cuba: La Neocolonia. Organización y crisis (desde 1899 hasta 1940)* (La Habana: Instituto de Historia de Cuba) Tomo 3.
- VARGAS, Otto 2004 *El marxismo y la revolución argentina* (Buenos Aires: Editorial Ágora) 2 tomos.
- ZWICK, Jim 2005 “The All-America Anti-Imperialist League”, en *Anti-Imperialism in the United States, 1898-1935* (<http://www.boondocksnet.com/ai>).

## Periódicos

- América Libre* (periódico no oficial de la LAI) Cuba, 1927.
- Boletín de la Liga Antiimperialista-Sección Argentina*, 1926.
- El Libertador* (periódico de la LADLA) México, 10/1925.
- El Machete* (periódico del Partido Comunista) México, 1924-1925.
- La Chispa* (Periódico del Partido Comunista Obrero) Argentina, 1926-1929.
- La Internacional* (Periódico del Partido Comunista) Argentina, 1925-1932.

## Documentos

- Archivo de la Internacional Comunista en la Argentina (1919-1943)*, en el CCC (Centro

Cultural de la Cooperación: Unidad de Información).  
 Archivo Histórico Nacional, Fondo Especial de la “Secretaría de Gobernación” y de la “Liga Antiimperialista de Cuba”.

*Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (México: Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología) 8 rollos de microfilm.

Instituto de Historia de Cuba (IHC), Fondo reservado de la Internacional Comunista.

[http://foia/fbi.gov/allamerican//al\\_american\\_imperialist\\_league.pdf](http://foia/fbi.gov/allamerican//al_american_imperialist_league.pdf)

## NOTES

1. Mientras que el Buró Latinoamericano funcionó entre 1919 y 1920 en la Ciudad de México, el Panamericano operó entre 1920 y 1921 en dos sedes: nuevamente la capital de México y Nueva York. En tanto que el Buró Sudamericano de Propaganda Comunista existió entre 1921 y 1925 en Buenos Aires, centralizando, sobre todo, al movimiento comunista del Cono Sur (ver Jeifets *et al.*, 2004: 27).
2. Esta cuestión fue expresada con toda gravedad al reconocerse que “nuestro problema más grande fue la participación comunista demasiado evidente”. Carta del 14 de agosto de 1926 e Informe de Julio A. Mella de 1927. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 2/499-79-19. La traducción es nuestra.
3. Mientras que el PC brasileño aceptaba a la LADLA “pero sólo de palabra”, los partidos comunistas de Argentina, Uruguay y Chile no respondían a sus comunicaciones, aparecía muy poca publicidad suya en su prensa partidaria, y “nunca mostraron la menor intención de unirse a la Liga” (de hecho, para 1926 y pese a la cercanía con Argentina, esta organización no existía ni en Chile ni en Uruguay). Frente a esta situación, el pedido elevado no podría haber sido más elocuente: “El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista debería llamar la atención a los partidos de América del Sur y también al Bureau Sudamericano para hacer sus deberes con respecto a esto”. Carta del 14 de agosto de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 2/499-79-19. La traducción es nuestra.
4. La primera Liga Antiimperialista surgió en los Estados Unidos en 1898 como oposición directa a la sistemática política expansiva que por aquel entonces había comenzado a ponerse en práctica con las anexiones de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Algunos de los dirigentes de la Liga original también tuvieron participación, casi tres décadas más tarde, en el frente comunista de los años veinte (Zwick, 2005).
5. En el punto N° 12 de las recomendaciones a la Comisión Estadounidense por parte del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, redactado probablemente en marzo de 1925, se señalaba que “la lucha contra el imperialismo en América debía centrarse en la Liga Antiimperialista Panamericana (N. del A.: nombre original de la LADLA mantenido hasta junio de 1925; ver nota N° 7). Sus oficinas deben situarse en la Ciudad de México, Buenos Aires y Chicago. El trabajo de ella debe ser coordinado bajo la dirección general de la Comintern. La Liga Antiimperialista deberá ser una organización de frente único a

- partir de los partidos comunistas, sindicatos, cooperativas, organizaciones campesinas, etc.” (<http://marxisthistory.org/history/usa/parties/cpusa/1925/03/0300-fostercannon>).
6. Los activistas de izquierda, mayormente del Partido Socialista, que huían a México del reclutamiento obligatorio para la Primera Guerra Mundial fueron conocidos en los Estados Unidos como “slackers”, término traducido como “flojos”, “negligentes” o, peor aún, como “cobardes”, aunque ellos mismos asumieron esta denominación como un elogio (Barckhausen-Canale, 1989: 55)
  7. En julio de 1925, y por sugerencia de la sección mexicana, se cambió el nombre, que hasta ese entonces daba lugar a confusiones con el de su rival (“Confederación Obrera Panamericana”), por el definitivo de “Liga Antiimperialista de las Américas”.
  8. En efecto, mientras que Lovestone era el representante del grupo dominante del WP, afincado mayormente en Nueva York, y que liderado por Charles Ruthenberg y, desde Moscú, por Joseph Pogany respondía a las concepciones frentistas vinculadas a la corriente bujarinista, Johnstone, por el contrario, era uno de los lugartenientes de William Z. Foster, con base en la ciudad de Chicago y con fuerte predicamento sindical, que más tarde sabría entenderse muy bien con el stalinismo. Por último, Gómez respondía por aquel entonces a James Cannon, futuro fundador del trotskismo estadounidense, quien por entonces fungía como aliado táctico de Foster o bien como árbitro del enfrentamiento entre éste y los dirigentes de Nueva York; sin embargo, más adelante Gómez iniciaría un acercamiento a las filas de Ruthenberg y Lovestone (para más precisiones, ver Draper, 1986).
  9. Manuel Gómez, miembro del Partido Socialista estadounidense, había vivido en México desde 1917, incorporándose pronto a las filas socialistas de este país y participando luego en la fundación del Partido Comunista. Fue asistente y traductor personal del M. Borodin, enviado por Moscú para el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales entre Rusia y México. Tuvo también importante actuación política en Cuba, España y Guatemala entre fines de la década del diez y principios de la del veinte (ver Jeifets *et al.*, 2004: 261-2).
  10. Esto último, según el informe elaborado por Jack Johnstone a raíz de su participación en la creación de la Liga mexicana. Ver *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo 17, 515-1-539. La traducción es nuestra.
  11. El acuerdo al que se llegó en abril de 1925 planteaba que el WP financiaría a la Liga mexicana con 150 pesos mensuales: 100 pesos destinados a pagar el salario de Wolfe, quien de este modo operaba con un representante de los estadounidenses en tierra mexicana, y otros 50 pesos para la edición de *El Libertador*. Según el informe elaborado por Gómez, durante el Congreso del PCM, la presión ejercida obligó a que “los delegados mexicanos [insistieran] en que la sede central de la Liga debía operar en México DF. Esta propuesta fue rechazada unánimemente por el prestigio del WP frente a la falta de experiencia del PCM, y al hecho de que [según ellos] la dirección [de la LADLA debía] funcionar en la cuna del imperialismo estadounidense”. En todo caso, el representante estadounidense asumía que “no [se] había dado cuenta del interés hacia nuestro Partido hasta que discutió cuestiones como las anteriormente mencionadas, durante y después de la convención. Ellos miran a nuestro Partido como una guía en varias cuestiones”. Ver

*Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 12/495-108-48. La traducción es nuestra.

12. Con respecto a este punto, y en su informe *The Question of the Location of the Headquarters of the Liga Antiimperialista* (sic), “La Liga estadounidense puede ayudar a la LADLA sin buscar controlarla. El control de la LADLA debe estar junta en manos del PCM y en el WP, con la decisión final en manos del Secretariado en México, hasta que un buró continental se pueda formar. Tan pronto como sea posible, las Ligas de aquellos países donde existan Partidos Comunistas deberán ponerse bajo el control de los partidos señalados, con la decisión final de un buró continental. Hasta el establecimiento de este Buró. La decisión final para América Latina deberá estar en el Secretariado en México. (Nota: este Secretariado no sólo estará compuesto de camaradas mexicanos sino también del camarada André y sus asociados). El centro de América Latina debería estar, en primera instancia y hasta donde las condiciones lo permitan, en el país que actualmente es el centro de la resistencia al imperialismo en la región. El WP no puede tener en México una fracción para controlar a la Liga: el control sería mecánica por naturaleza si artificialmente se lleva la sede de México a Chicago”. Por su parte, y en una carta al Secretario del Workers Party, Gómez insistía en que “es muy claro que el PCM no puede liderar este trabajo. Sería en cambio una mejor opción, ya que sus fondos provienen de los EEUU, establecer el centro de la Liga en México pero con camaradas estadounidenses. Al mismo tiempo, y mientras que el centro abierto funcionaría en México, la actual dirección se centralizaría en los Estados Unidos”. Ver *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollos 17/515-1-917 y 17/515-1-717, respectivamente.
13. Según el propio Mella, el CCO “fue creado con el objetivo de facilitar la labor de la sección mexicana, de organizar el trabajo continental de la manera más intensiva, de tener un órgano de vinculación y de propaganda entre las diferentes secciones existentes”. Informe de Julio A. Mella en 1927 en Moscú, *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo 3/495-79-28.
14. En este sentido, el Secretario del CCO era claro al afirmar que la LADLA debía “ser dirigida desde un punto de vista comunista, pero esto no debe aparecer claramente”. Informe de Julio A. Mella de 1927. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 2/499-79-19.
15. Según una carta del PCM al WP, fechada el 3 de mayo de 1928, los mexicanos se quejaban de que Gómez no les decía cuanto llevaban recaudado en los EEUU y de que nunca les llegó un presunto envío de 250 dólares. Debido a que se supone que los norteamericanos juntaron mil dólares, el PCM pidió también confirmar la noticia, para que se haga pública, y no se empiecen a generar rumores o mentiras. Una segunda carta concluía afirmando que “nosotros (por los comunistas mexicanos) no (sic) creemos que el Camarada Gómez haya enviado el dinero, y les pedimos a ustedes (por el WP) que investiguen y que encuentren algún documento probando de que estamos equivocados (sic). Por supuesto, nosotros tenemos una razón más para pensar que la continuidad de

- Gómez como secretario de la sección antiimperialista en los EEUU es peligrosa para todo nuestro movimiento”. La carta está firmada por Rafael Carrillo, Secretario del PCM. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo 14/542-1-79.
16. Aun estando encarcelado Julio Mella no dejó de trabajar por la causa antiimperialista. Prueba de ello es la redacción del artículo “Hacia la Internacional americana”, publicado en el número de septiembre-diciembre de la revista *Venezuela Libre*.
  17. Algunas de las acciones emprendidas por la liberación de Mella fueron la emisión de un boletín diario sobre la salud del líder a cargo de su médico personal, y la cobertura cotidiana por parte de periódicos cubanos (particularmente *El Día*) contribuyendo así a intensificar la dramaticidad del caso. También el reporte con el estado de la salud de Mella aparecía todos los días en los principales periódicos latinoamericanos. En México, la LADLA, junto a obreros y estudiantes, comenzó a demandar la excarcelación del joven dirigente comunista, y el PCM, a través de su vocero *El Machete*, dio a conocer una denuncia titulada “El terror blanco sobre el camarada Mella”. También se manifestaron en contra de la detención el presidente Calles, de México, junto con los Senados de ese país y de Argentina (por iniciativa del dirigente socialista Juan B. Justo) y el Cabildo de Buenos Aires. Asimismo, la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), con sede en París, hizo valer su apoyo mientras que las embajadas y consulados de Cuba fueron asediadas por manifestantes en varias capitales latinoamericanas. Mientras tanto, la LAI estadounidense, junto con el Workers Party y la International Labor Defense (versión norteamericana del Socorro Rojo Internacional) llevaron a cabo distintas protestas bajo el lema “Solidaridad con los obreros perseguidos de Cuba” y una amplia serie de demostraciones frente a las representaciones de ese país, como la que se hizo en Nueva York con la presencia de más de dos mil manifestantes (Cupull y González, 2005).
  18. Ver Instituto de Historia de Cuba, Fondo reservado de la IC sobre Cuba, Informe M3-102, Secreto, hojas 382-5.
  19. En definitiva, los cargos por los que se acusó a Mella fueron los de: “1) indisciplina; 2) insubordinación a los acuerdos del Comité Central Ejecutivo; 3) equivocaciones fundamentales de la táctica nocivas a los intereses del Partido; 4) manejo personal con la burguesía y contra el Comité Central Ejecutivo; 5) falta de firme sentimiento de solidaridad”. A su vez, su condena implicó: “1) la separación total de toda actividad política por tres meses (luego se le disminuirá a dos meses); 2) la separación de las actividades del PCC por dos años; 3) la reconversión privada y pública” (RGASPI, Fondo 495-105-2, Hoja 22).
  20. La siguiente es la evaluación de esta situación realizada por Humbert-Droz desde el Secretariado Latinoamericano de la IC: “el caso de Mella es característico de este doble error por parte de los elementos intelectuales inclinados hacia el individualismo, y por el Comité Central del Partido que, como una reacción a los otros, fue propendiendo hacia el sectarismo. No hay duda de que Mella actuó individualmente y sin tomar en consideración al Partido, con el que tenía la tendencia a subordinarlo a su personalidad, restando con ello el espíritu de disciplina que todos los miembros del Partido Comunista deben tener. Pero la sanción de la expulsión del Partido no estaba en relación alguna con

la importancia otorgada a la vulneración de la disciplina, ni con las demandas requeridas por la situación política de ese momento, por lo que las tareas del Partido no sólo eran la de protegerse a sí mismo contra el individualismo, estableciendo una firme disciplina interna sino, sobre todo, mantener el contacto con las masas, las que se habían movilizado por la defensa de Mella, para así utilizar el vasto movimiento popular para la defensa del Partido Comunista y de la Liga Antiimperialista” (RGASPI, Fondo 495-105-5). Por su parte, Stanislav Petkowski, ex embajador soviético en México y de paso por algunas horas en La Habana rumbo a Moscú a finales de octubre de 1926, además de referirse a Mella como “un líder de madera continental” (Roa, 1978: 176) afirmó que, con su expulsión, el PCC había cometido un “suicidio político” (RGASPI, Fondo 495-105-5). El “Caso Mella” fue objeto de disputa durante más de un año entre el PCC, el Partido Comunista Mexicano (PCM) y la IC. La decisión de reincorporar a Mella al PCC se debió, en gran medida, a la presión ejercida por el Secretariado Político del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (RGASPI, Fondo 495-105-5). Asimismo, en la “Resolución sobre Cuba”, el PCC fue condenado por la expulsión del líder (Jaifets *et al.*, 2004: 208). Para consultar las distintas lecturas por las que se interpretó la relación del Partido con Mella en este momento tan difícil de su historia, ver Rojas Blaquier (2005a: 53).

21. Esta denominación provino de la calificación que en su momento Lenin les dio al dirigente italiano Bordiga y a sus seguidores, con los que tuvieron relación los “izquierdistas” argentinos (Vargas, 2004).
22. Los “chispistas” adoptaron dicho nombre a partir de la traducción al castellano de “*Izkra*”, el periódico comunista editado por Lenin durante su exilio en Suiza.
23. Otros integrantes de la facción chispista fueron los obreros metalúrgicos Rafael Greco y Romeo Gentile, el trabajador de la madera Mateo Fossa, el sindicalista del calzado Teófilo González, el arquitecto Alberto Astudillo, el chofer Cayetano Oriolo, el empleado gráfico Modesto Fernández, Francisco Loiácono y el obrero tapicero Miguel Contreras (quien luego de un oportuno mea culpa continuaría con sus labores en el PCA) (Oriolo, 1994).
24. En realidad, la Carta había sido redactada por Penelón el año anterior, durante su estancia en Moscú, y tenía agregados del propio Codovilla. La expulsión de los “chispistas” fue finalmente convalidada durante el VII Congreso partidario llevado a cabo el 26 de diciembre de 1925, ocasión en la que también se reconoció que el grupo de Penelón, Ghioldi, Codovilla y el secretario del Partido, el “centrista” Pedro Romo, constituían “la continuidad y la exactitud del leninismo” (*La Chispa*, 30/11/1926).
25. De hecho, su primer congreso envió a la Internacional Comunista un telegrama de adhesión incondicional.
26. Los dirigentes del PCA informaban que los miembros del nuevo partido “han editado un periódico al que han tenido la osadía de llamar *La Chispa*. Es un pasquín tan inmundito como torpe, y en el que se revelan como perfectos instrumentos policiales” (CCC: *Informe al Compañero Humbert-Droz* 329.15/82 PCa 5: 4).
27. Como correlato de la lucha de tendencias vivida en la Unión Soviética y en la Comintern, los “comunistas obreros” no tardaron en ser calificados como “trotskistas”, aun cuando en ningún momento publicaron artículos específicos sobre el creador del Ejército Rojo y, mucho menos, procedieron a defenderlo. Más aún, en diversas oportunidades criticaron

a Trotski rescatando la figura de Stalin cuando todavía no lo hacía el propio PCA desde las páginas de su periódico. Aunque más tarde sí hubo algunos dirigentes como Mateo Fossa, sindicalista de la madera, que fueron luego fundadores del movimiento trotskista argentino, así como también Héctor Raurich, R. Etchebere, Mica Feldman y Manuel Molina.

28. El primer Comité Directivo de la recién fundada Liga estuvo integrado por los siguientes titulares: Alberto Astudillo, Mariano Barraón, Héctor Raurich, José Di Bona, Carolina Torres Cabrera, Hipólito Etchebere, Teófilo González, Eudocio Ravines, Rafael Grecco, Carmelo Rizzo Baratta y Armando Gervaso. Mientras que, como suplentes, colaboraban Elías Castelnuovo, Carlos Vergara, Abraham Resnik, E. Cornejo Koster y Julio R. Barcos. Por la composición original del Comité Directivo podía verificarse que muchos de sus miembros, además de provenir del campo de la intelectualidad y la cultura (como en los casos de Castelnuovo y Barcos), eran destacados líderes del sindicalismo y, en general, de la clase obrera. En dicho encuentro también se decidió crear la “Universidad Popular José Ingenieros”, experiencia que ya había dado muy buenos resultados en Perú y Cuba como punto de encuentro entre los intelectuales y las clases populares, así como también como ámbito preferencial de nucleamiento y de cooptación de nuevos militantes.
29. Por parte del Partido Comunista viajó Victorio Codovilla, aunque únicamente en calidad de representante de la filial argentina del Socorro Rojo Internacional.
30. Así informaba de este acontecimiento *La Internacional* en su edición del 23 de junio: “a raíz de los hechos acaecidos en los últimos tiempos en la Liga, se formó en su seno un grupo de izquierda cuya función consiste en liquidar la tendencia sectaria que encarna la dirección de la Liga, para imprimir a la institución el carácter de organismo de masas”.
31. El 30 de julio de 1927 se dio a conocer la composición de la primera Junta Ejecutiva del GI que, entonces, quedó integrada por J. del Valle Matheu, A. Valdivia Morón, Rodolfo Ghioldi, Félix Giménez, Félix Grimoldi, Celestino Vena, Paulino González Alberdi y Honorio Barbieri, como titulares; y por Pedro Grinfeld, G. de Tomassi, Oscar Montenegro Paz, José Broga y Luis Barthalon, como suplentes.
32. Una “Resolución sobre las fuerzas antiimperialistas” en Argentina, aprobada por las delegaciones latinoamericanas, el Secretariado Internacional de la Liga y su Comité Ejecutivo se propuso zanjar en la disputa entre ambas organizaciones anticoloniales, por supuesto, apoyando a la de naturaleza comunista por sobre su rival “chispista”. El texto de la “Resolución”, dividido en dos puntos, era el siguiente: “1) Aprobar en un todo la resolución tomada por el Primer Congreso Antiimperialista de la Argentina y hacer un último llamado a los militantes de la Liga Antiimperialista (“chispista”) para que se incorporen a nuestra sección argentina, única manera de demostrar realmente su sinceridad revolucionaria en la lucha unificada contra el imperialismo. 2) Dirigirse a todos los antiimperialistas de la Argentina, cualquiera sea su credo político o ideológico, que aun no se hayan adherido a su sección nacional, a estrechar filas alrededor de la misma, para hacer más efectiva y amplia la lucha contra el imperialismo y sus secuaces” (*La Internacional*, 5/10/1929).